



## Seminario de Silencio

7 de octubre de 2015, Tutor 15-17

### **Vocación de los discípulos**

<sup>18</sup> Andando Jesús junto al mar de Galilea, vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y Andrés, su hermano, que echaban la red en el mar; porque eran pescadores.

<sup>19</sup> Y les dijo: Venid conmigo y os haré pescadores de hombres.

<sup>20</sup> Ellos entonces, dejando al instante las redes, le siguieron.

<sup>21</sup> Pasando por allí, vio a otros dos hermanos, Jacobo, hijo de Zebedeo, y Juan, su hermano, en la barca con Zebedeo, su padre. Estaban remendando sus redes, y los llamó.

<sup>22</sup> Y ellos, dejando al instante la barca y a su padre, le siguieron.

(Mateo, 4, 8-12)

## La llamada del ser

Pasamos la vida buscando nuestro nombre, es decir, nuestra identidad. Pero ese nombre tiene que ser pronunciado por otro, por ese otro que es nuestro yo más íntimo, para que resuene en nuestro corazón como una llamada al ser.

Meditamos para escuchar la llamada del ser. Y esa llamada nos da la identidad y la misión. Así llama Jesús a sus discípulos: “Os llamo a estar conmigo y a ser pescadores de hombres”. Estar conmigo: cuando estamos con Él cumplimos nuestro anhelo más profundo: ser uno al fin, sencillamente ser. Y cuando finalmente somos, pescamos hombres, es decir, compartimos nuestro tesoro con nuestros semejantes y permitimos que también ellos hagan la aventura de escuchar su nombre y de atisbar el ser.

El movimiento natural de quien ha descubierto un tesoro es compartirlo. Si no se comparte, es que no se ha descubierto como tesoro. Porque descubrir como tesoro significa comprender que no es un tesoro que se gasta cuando se da, sino que crece y se multiplica en la medida exacta en que se entrega.

Meditamos porque sentimos nostalgia de nuestro verdadero nombre. Meditamos para encontrar, en el país de nuestra conciencia, ese lago de Genesaret en el que resuene lo que somos. Ese es nuestro deseo más radical: oír nuestro nombre de manera nueva, genuina, creadora... Todos deseamos estar en las orillas de ese lago aunque no lo sepamos. Y, aunque no lo sepamos, aunque sea lejana y turbiamente, ese nombre, el nuestro, ya lo hemos escuchado. No estaríamos aquí, en silencio, de no ser de ese modo.

Durante la meditación decimos el nombre de Cristo Jesús porque sólo en ese Nombre descubrimos el propio. Sólo en el Ser, con mayúscula, nos encontramos con la dignidad de nuestro ser, en minúscula. Sólo en el Ser, en el Nombre, nos descubrimos. Si este descubrimiento se alimenta, se hace permanente. Esta consciencia, la del conocimiento del ser, nos fortalece y descansa. Estar con Él y pescar: ser al fin y, en ese mismo movimiento, ayudar a ser a los demás.

¿Qué es lo que hoy suena en tu corazón? ¿Cómo suena tu nombre en tu corazón?

¿Tienes claro para qué has venido a este mundo? ¿Estás cumpliendo tus anhelos más profundos?

¿Estás compartiendo tu tesoro con quienes te rodean? ¿Has hecho la experiencia de que el tesoro crece tanto más se comparte?

¿Eres consciente de que estás aquí porque en lo profundo de ti has empezado a escuchar tu verdadero nombre?

¿Sientes que la meditación te fortalece y descansa, que te ayuda a ser?